

En las puertas del abismo

andrés gómez b.

«No sé qué busco./ No sé dónde buscarlo./ No encuentro lo que busco,/ pero sigo buscando». En esos cuatro versos puede leerse la obsesión poética de Manuel Silva Acevedo, ese poeta medio loco y medio oveja que, a tientas, cegado como un Job, persigue ver y decir el misterio que esconde lo invisible. Formado entre el catolicismo, la filosofía y los movimientos sociales de los años 60', Silva Acevedo es compañero de generación de Millán, Pérez, Hahn y Waldo Rojas. Aprendiz inteligente de la lección parriana, heredero de un misticismo que Adriana Valdés sugiere como mistraliano -y que podrían hallar sus afluentes más secretos en San Juan- y sin duda del vallejismo doloroso, su voz aparece precara en la poesía chilena.

Silva Acevedo es poseedor de una obra que se mueve entre la ironía y la profundidad, entre la belleza bestial y el enigma sagrado, entre el amor y la ceniza, con una lucidez que le permite ser dubitativamente amargo e intensamente melancólico.

Suma Alzada, la antología de su poesía cuyo título pareciera aludir al costo existencial de esos 30 años de escritura, recorre los diversos momentos de su creación (Perturbaciones, Manu Militari, Lobos y Ovejas, Mester de Bastardía, Monte de Venus, Terrones Diurnos, Palos de Ciego, Desandar lo Andado, Señal de Ceniza) e incluye extractos del inédito Paso del Desierto (1996).

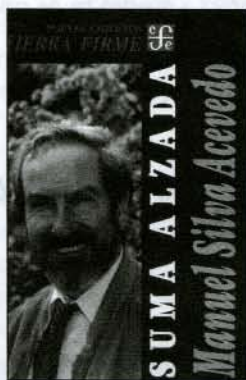
Este poeta es de los autores en que la biografía y la historia se entrelazan misteriosamente. Es de aquellos cuya obra permite la lectura intimista y la social, la metafísica y la sociológica, la instintiva y la erótica, la instantánea y la culta. El mismo ha dicho que ese poema terrible que es Lobos y Ovejas nació de una situación personalísima antes del golpe histórico que quebró al país, pero también es un anuncio de esa fractura. Y puede ser una metáfora de la pareja o de la dualidad que pugna en el corazón humano o, más allá, de los diferentes estados de una sola conciencia.

Su palabra designa en el sentido más cosmológico y político. La voz de Silva Acevedo deviene en señal, en cometa sobre el cénit de un pueblo con los ojos desorbitados por la fiebre terrestre. Su cruzada es la de un sediento de agua limpia para lavar las heridas del sufrimiento humano.

Algo se ha dicho de los símbolos y los animales en su obra, pero -entre las múltiples posibilidades- habría que poner atención a Paso del Desierto, que viene a aportar el círculo creciente de su poética. Aquí aparece la voz de un hablante en que resuena el canto a lo divino, que es quiebre, novedad y consistencia consigo mismo. Que después de horrorizarse con la creación hecha cenizas, ahora exclama: «¡No lo puedo creer! El padre en persona me sale al paso,/ me

pone su anillo y a las espaldas/ me echa su manos,/ habrá fiesta en mi honor, a su Cordero/ están degollando».

La palabra de este poeta de nombre Manuel está empapada de frescura, de historia y misterio, de conmoción y secreta esperanza. E, innegablemente, de altura ética.



Suma Alzada.

Manuel Silva Acevedo.

274 págs. 1998.

Fondo de Cultura

Económica.